
Brasilia: veinticinco años de esperanza

Brasilia —«la ciudad de la esperanza», tal como la bautizara André Malraux— celebra sus primeros veinticinco años de historia. La capital brasileña, obra grandiosa de Lucio Costa y Oscar Niemeyer, a medio camino entre la fastuosidad faraónica y el populista y ficticio desarrollismo económico de un país dependiente, reavivó el interés mundial por Brasil, ese coloso sudamericano con una extensión de más de 8,5 millones de kilómetros cuadrados, y casi 127 millones de habitantes. Y es que Brasilia, como el Brasil de comienzos de la década de los sesenta, eran proyectos de futuro. La explotación de sus inmensos recursos naturales; la búsqueda secular de un organigrama que integrara en un todo articulado un mosaico de unidades regionales escasamente vertebradas entre sí; la obtención de un puesto de honor en la esfera decisonal mundial, acorde con su potencialidad económica, y la importancia de su situación geopolítica... Proyectos de futuro que hoy parecen truncados en este Brasil cargado de deudas y que se desespeza con una cierta indolencia tras dos décadas de dictadura militar.

Cuando el 21 de abril de 1960 Juscelino Kubitscheck de Oliveira, a la sazón presidente de la República Federativa de Brasil, inauguraba en altiplano goiano la ciudad de Brasilia, no hacía más que materializar una idea que desde hacía siglos venía obsesionando al pueblo brasileño: construir una nueva capital que desplazara hacia el interior el peso económico y político de la nación, hasta entonces —y todavía hoy— localmente concentrado en la costa atlántica, desde Recife a Porto Alegre.

Porque uno de los caracteres más significativos del Brasil es la preponderancia económica y demográfica del litoral sobre el interior. Desde los primeros pasos de la colonización lusa, el poblamiento tuvo que limitarse a las zonas costeras: una escarpada orla montañosa que, con dirección suroeste-noroeste se rompe en numerosos frentes de falla que llegan hasta el mar, dificultaba la penetración hacia el corazón del país. Los colonos de San Vicente-Santos, de Río de Janeiro, de Sao Paulo, vivían de espaldas al inmenso subcontinente, atareados en la explotación del «palo de Brasil» y la caña de azúcar.

Más tarde, ni la colonización del nordeste y del valle del río San Francisco realizada en el siglo XVIII, con sus grandes haciendas de ganado vacuno y la comercialización del cuero; ni la penetración de los «entradores» y «bandeirantes» paulistas en el altiplano interior y la activación económica del estado de Minas Gerais, y, mucho menos, la lenta y minoritaria exploración amazónica de misioneros, militares y «seringueiros» pudieron incorporar el interior del país al ritmo impuesto desde la costa atlántica.

Sólo con la independencia de la colonia en 1822, con la llegada de fuertes

contingentes de inmigrantes europeos no portugueses y la sucesión de varios ciclos económicos (café, cacao, algodón, caucho, etc...) se inició la moderna colonización interior brasileña. Después de la segunda guerra mundial, con el gobierno de Getulio Vargas entre 1951-54 y de Kubitscheck entre 1956-61, se impuso el desarrollismo económico a ultranza, que ni ha sacado al Brasil de su inercia económica dependiente, ni —pese a sus logros— ha integrado el interior con los estados de la costa.

El aglutinamiento del Brasil, el engarce armónico de este enorme país debía pasar por la construcción de una nueva capital en el interior. Y así lo supieron ver desde antiguo las mentes brasileñas más despiertas.

Dos siglos pensando en Brasilia

Según algunos historiadores, cupo a Francisco Tosse Colombina el honor de ser el primero en plantear la necesidad de una nueva capitalidad enclavada en el corazón del país. Fue en 1750: en el estado de Minas Gerais surgía un importante movimiento cultural que abrigaba los primeros fermentos de independencia manifestados posteriormente, en 1763, cuando Río de Janeiro desplazó a Salvador como capital de la colonia.

Medio siglo más tarde, en 1813, Hipólito José da Costa preconizaba en el *Correio Brasiliense* la necesidad de crear la nueva capital en la altiplanicie, facilitando así la construcción de carreteras en dirección a todos los puertos de mar. Era la suya una visión centralizadora que, aunque consecuente con la estrategia organizativa estatal puesta de moda en Europa por la Francia napoleónica, no contaba con muchos adeptos en un Brasil compartimentado en unidades regionales —incluso en ciudades— que aspiraban a la preponderancia política y que mantenían expectativas económicas diferenciadas.

El moteador, el nominalista, fue, sin embargo, José Bonifacio de Andrade y Silva, ministro del Príncipe Regente Don Pedro. El fue el primero en indicar el nombre que debería tener la futura capital: Brasilia.

Adolfo Varnhagen, en su *Historia General del Brasil* (1839), explicitó coherentemente cuál era el verdadero propósito que se perseguía con la ubicación del nuevo centro político: «Desplazar la capital del litoral al interior para que el país pueda ser descubierto.»

Brasilia, a finales del siglo XIX, era ya una idea asimilada popularmente, aunque, por el momento, irrealizable. Una especie de demonio familiar huidizo, entronizado en el sentir más profundo de la comunidad brasileña. La Constitución de 1891 indicaba, en su artículo 3.º, el futuro emplazamiento de la capital: en la altiplanicie central en el Estado de Goias. Pese a que no se removía un palmo de tierra, las constituciones de 1922, 1924, 1937 y 1946 afirmaban machacona y categóricamente: «La Capital de la Unión será trasladada a la Altiplanicie Central del País.»

Por eso, cuando Juscelino Kubitscheck inauguraba, al fin, Brasilia aquella mañana otoñal de 1960, no hacía más que exorcizar una obsesión sancionada por la Constitución y los siglos. «La ciudad de la esperanza» se convertía así en la tercera capital del Brasil y en el símbolo de un futuro que se suponía preñado de éxitos económicos y políticos.

Brasilia: símbolo del desarrollismo económico

El Brasil de Kubitscheck era un Brasil que ponía fin a una época marcada por el populismo facistizante de Getulio Vargas y el predominio de las clases medias. Se trataba de reorientar el desarrollo económico nacionalista del «Estado Novo» varguiano y, al mismo tiempo, devolver el protagonismo político a la alta burguesía industrial del país.

La deposición y el suicidio de Vargas en agosto del 54 era una demostración palpable de la agudización de los antagonismos políticos y económicos surgidos en Brasil al finalizar la segunda guerra mundial. Desde entonces, y hasta la asunción de la presidencia por Kubitscheck en enero del 56, el poder brasileño entró en crisis. Y esto fue así hasta tal punto que Kubitscheck quizá no habría alcanzado la presidencia, si el general Teixeira Lott no hubiese venido en su socorro ante la amenaza que, para el presidente electo, suponían los partidos políticos derrotados en las elecciones presidenciales.

En los seis años escasos de la era Kubitscheck (1956-61) se llevó a cabo una de las fases más importantes de la historia económica del Brasil. El poder público pasó a intervenir decisivamente en el sistema productivo y su actuación se encaminó hacia la aceleración del desarrollo económico, en especial la industrialización y el impulso de los sectores privados nacional y extranjero. La política económica gubernamental quedó sistematizada en el Programa de Metas, que, en palabras de Carlos Lessa, «provocó una transformación cualitativa de la economía brasileña, y fue el caso de actuación más amplio orientado por el Estado en América Latina, con miras a la implantación de la estructura industrial integrada».

Para Octavio Ianni, el Programa de Metas es «el resultado de la confluencia de dos tendencias. De un lado, las exigencias establecidas por las relaciones de interdependencia y complementariedad inherentes a la estructura económica brasileña de la época. Por otro, se manifestaban las exigencias resultantes de la propia reproducción capitalista en el ámbito mundial».

Efectivamente, se puede afirmar que el Programa de Metas es una consecuencia directa de la doctrina Truman y, más concretamente, de su punto IV: una norma política externa especial dedicada a los pueblos coloniales y dependientes. Cuando a comienzos de la década de los cincuenta la economía europea dejó de ser una preocupación excepcional para su gobierno, Truman y el capitalismo norteamericano buscaron nuevos senderos para su expansión. El punto IV no era, desde esta perspectiva, más que una mezcla de razones políticas y económicas para sustituir el «viejo imperialismo europeo» por la supremacía norteamericana en los pueblos dependientes.

Para Ianni, sin embargo, «lo esencial para comprender el gobierno de Kubitscheck es la opción política tomada por sus gobernantes: la adopción de una estrategia política de desarrollo que acabó por consolidar y expandir el capitalismo dependiente. Lo que puede distinguir las políticas económicas de Getulio Vargas en el 51 y de Kubitscheck en el 56, es que se produjo una transición de una política destinada a

crear un sistema capitalista nacional a una política orientada hacia el desarrollo económico dependiente».

Entre 1957 y 1961, el PIB brasileño aumentó a razón del 7,9 por 100 anual, frente al 5,2 por 100 del quinquenio precedente. Esto se consiguió mediante la concentración de las inversiones en un sistema industrial integrado, ocupando los lugares más importantes los sectores productores de bienes de capital y de insumos básicos.

A este desarrollo económico correspondió una pretenciosa política internacional. La Operación Panamericana fue un movimiento de Kubitscheck para reformular la posición política, económica y militar del Brasil en el marco de la América Latina. Aunque la OPA fue lanzada en un momento propicio —justo cuando diversas cancillerías sudamericanas mostraban su descontento por las desconsideraciones que el vicepresidente Nixon tenía hacia el subcontinente—, no pasó de ser un espejismo de iniciativa internacional, y Brasil siguió sin desempeñar el protagonismo diplomático que le parecía reservado en América Latina.

Con el desarrollo del modo de producción capitalista, también la era Kubitscheck asistió a una transformación de la estructura social. En los centros urbanos industriales se pluralizó la configuración estratigráfica de las clases sociales. Poco a poco se afianzó la hegemonía de la ciudad sobre la cultura de tipo agrario. Con Kubitscheck —como dice Ianni— «la ciudad conquista una segunda victoria sobre el campo en el sentido de que el poder político pasó a estar en mayor medida en manos de la burguesía industrial».

Al mismo tiempo, se observa una gradual politización de las masas obreras y campesinas que, al contestar el predominio político y económico de la alta burguesía, obligará a ésta a apelar al ejército y a USA para mantener el «status quo» en el país. Con el golpe de estado del general Castelo Branco en 1964 se inicia un período de dictadura militar que, sólo ahora, veinte años más tarde, parece dar paso a un sistema democrático.

Desarrollismo económico dependiente; pretensiones excesivas en política internacional; polarización y movilidad social, éstas son las características básicas del «Brasil Novo» de la era Kubitscheck. Un modelo que, como todos los modelos engañosos y populistas, necesitaba de un símbolo de prepotencia. Brasilia, la ansiada capital del interior, fue ese símbolo.

Brasilia: Niemeyer y Lucio Costa

En su comentario al Plano Piloto de Brasilia, Lucio Costa afirmaba:

«Ella (Brasilia) debe ser concebida no como un simple organismo capaz de ejercer satisfactoriamente y sin esfuerzo las funciones vitales propias de una ciudad moderna cualquiera, no como «urbs», sino como «civitas», poseedora de los atributos inherentes de una Capital. Y, por tanto, la condición primera que debe plantearse el urbanista es conferir al conjunto proyectado un carácter monumental. Monumental no en el sentido de ostentación, sino en el sentido de la expresión consciente de lo que ella significa.»